

HEIDEGGER: UN AYER PARA LA HISTORIA

Luis Lara

Con la muerte de Martin Heidegger, ocurrida recientemente desaparece uno de los filósofos más eximios de nuestro siglo y uno de los más grandes de la historia de la filosofía si consideramos su misteriosa fuerza creadora, su incesante aportación de ideas y rumbos nuevos al saber universal. Su relativa celebridad, sin embargo, nunca ha trascendido el gran público y, quizá, su nombre hubiera permanecido oculto si Sartre, con su prestigio como novelista y dramaturgo y su desprestigio como politicastro de la onírica izquierda —no hubiera contribuido de modo decisivo a su popularidad como progenitor del existencialismo. En todo caso su fama es limitada y sus obras poco leídas por quienes no poseen un especial y especialista interés por los asuntos de la Filosofía. Las razones son varias y contundentes. Desde su primera gran obra —*El ser y el tiempo* Heidegger nos lanza a un mundo de ideas, imágenes y temas que, no obstante estar arraigadas en la entraña misma del ser del hombre, nos resultan inaccesibles y apabullantes bajo el nuevo ángulo formal que los contempla. Y ya en esa obra gigante se muestra cogido por la nostalgia del *ser originario*, ser de los entes concretos, las cosas reales.

Esta nostalgia se irá paulatinamente convirtiendo en una obsesión ontológica que arrastra su espíritu hacia el origen mismo de la filosofía presocrática (véase su obra *Vom Wesen der Wahrheit* —Sobre la esencia de la verdad) hacia los básicos cauces parmenidianos de la ontología (véase su obra *Vom Wesen des Grundes* —Sobre la esencia del fundamento), con lo cual se enfrenta a los factores constitutivos de todo principio originario, concreción básica de donde han de surgir en un milagroso hacer, las cosas; hacia el origen del pensamiento ontológico que es condición de posibilidad de toda geometría (véase *Zur Seinsfrage* —Hacia la cuestión del ser); va al encuentro de las vías dispersas por donde la realidad eternamente teje sus cauces conducentes al origen único y universal de las cosas (véase *Holzwege* — Caminos del bosque), en una búsqueda dramática de la experiencia prístina, la consigna apocalíptica, la designación y stampa primordial de lo real en las estrías iniciales de la conciencia, técnica o científica, espiritual o material, artística o religiosa. Toda la obra de Heidegger es una infatigable búsqueda del primer orden y esta es la meta y la causa eficiente de toda su doctrina asistemática: plantear la cuestión del ser a un nivel radical anterior a la concatenación de olvidos en que consiste la historia de la filosofía. La necesidad teórica de la filosofía de nuestro tiempo estriba en hacer más explícita y reflexiva la pregunta por el ser a través de un nuevo planteamiento de exégesis y desarrollo que vitalicen un proceso de auténtica recuperación de la visión del ser. El primer epígrafe de *Sein und Zeit* reza así: “Die Notwendigkeit einer ausdrücklichen Wiederholung der Frage nach dem Sein) (La necesidad de una explícita repetición de la pregunta por el ser). Y en la primera frase del célebre tratado enuncia y denuncia el olvido que corroe la fuerza racional de la filosofía moderna. “Hoy —dice Heidegger— la mencionada pregunta ha llegado al olvido, y quizá nuestra época se

adjudique la gestión de afirmar de nuevo la Metafísica". (Die gennante Frage ist heute in Vergessenheit gekommen, obzwar unsere Zeit sich als Fortschritt anechnet, die Metaphysich wieder zu bejahem).

Heidegger consagra toda su vida intelectual a emprender esa hazaña obligatoria de su tiempo, para lo cual instala toda la sutileza analítica del método fenomenológico creado por su maestro Husserl en el único escenario verdadero de la realidad y la historia que es la conciencia cotidiana del hombre, ese hombre cualquiera que derrama su mediocridad y su autofelonia en la recua ominosa de instantes de su similar y tediosa existencia. La primera etapa de Heidegger —su célebre existencialismo— enfanga todas sus luces en la selva insondable de la conciencia fáctica, amenazada por miradas de estímulos externos e incongruentes y por esa inquietud disgresaria que emerge de la angustia cuando la conciencia se asoma a sí misma y sólo contempla el charco de su temporalidad evanescente. Por eso su ontología en este primer período no logra nunca su visión trascendental y roza de continuo los peligrosos, frágiles límites del psicologismo y la antropología naturalista. Es interesante observar como Heidegger parte de una previa concepción y visión del ser hacia la comprensión del hombre concreto en su fase de (Ser y tiempo) —y culmina en sus obras posteriores y de senectud en una visión del ser puro e indeterminado (recuerdo de Anaximandro) a través del hombre. Parece ser la consigna y el sino del genio encontrarse de regreso del camino de Damasco, al final de innumerables deslizamientos y disgresiones laberínticas. He aquí una gran enseñanza que nos brinda la analítica existencial: toda la existencia del hombre es un áspero encuentro con el mundo y una búsqueda del ser propio y originario a través de él. Si la juventud es un encuentro con las cosas externas la vejez es un glorioso diálogo consigo mismo y un adusto y sereno enfrentarse con la muerte, con esa suprema elegancia que es la tristeza y ese refinado desdén por lo efímero que caracteriza el genio desde su juventud y salva en su vejez al hombre mediocre. Sólo la soledad creadora nos resarce de la incomprensión cotidiana en la cual se teje de instantes inconexos nuestra singular defunción y nos enfrenta con máxima dignidad a nuestro verdadero ser más allá de todo ser y no ser, de todo bien y todo mal. "El cotidiano ser para la muerte —dice Heidegger—, como decandente, es una permanente fuga ante sí mismo" (Das alltägliche Sein zum Tode ist als verfallendes eine ständige Flucht von Ihm). Entiéndase bien que es una huida no ante el sí mismo propio—que sólo surge en la madurez del espíritu o en la genialidad— sino huida ante la bochornosa opacidad que cubre el ser auténtico en el fondo de la angustia. "No es la muerte —ha dicho José Camón Aznar, uno de los grandes humanistas de la España contemporánea la que lleva como su nuncio la angustia, sino al revés, la vida impasible y terca, pero sin esperanza" ("El ser en el espíritu", pág.240). El existencialismo es un análisis ontológico de la relación vital, fáctica, efectiva de la trascendencia conciencia) y la objetividad inmediata. Se concibe y se analiza la existencia como una liberación o salidad de la trafagosidad, perdición, enajenación del espíritu en su ahí local, accidental. Es una proyección de posibilidades o vertientes energéticas de la imaginación como retorno desde el exterior de la facticidad, esto es, desde la yacencia habitual (Geworfenheit), monótona, repetida, estereotipada y carente de sentido. El hombre se diferencia del animal en que además de tener vida tiene biografía, es capaz de escribir su vida en un plano profundo de su espíritu donde su memoria realiza el eterno milagro de la "anámmesis", (recordemos un momento a Platón aunque sólo sea porque también está muerto). La vida humana verdadera, esa que se va escribiendo con signos insensibles y con verbos silentes, vence con su torbellino de potencialidades el ahí de sí misma suprimiendo la inmediatez (presencia espacial y visual, rígido nicho de sus furias y muertes sucesivas) en virtud de nuevas realidades que percibe o postula. Pero este vencimiento de la corporeidad que ciñe el espacio vital humano es sólo provisional. Esa irradiación hacia nuevas circunstancias, nuevos aspectos, conduce siempre a otras y es un obsesivo cúmulo de apariencias, de presencias acuciantes. El anhelo de apropiarse sin trámite (sin espacio ni tiempo) las

lejanías engendra mayores lejanías respecto al yo propio y predestinado. Ese imperio de la pupila y de su correlato, la luminosidad, externa de lo real, sólo conduce al placer de los ojos. La supresión de lo sensible y presente, áspero o hirviente debe forjarla con su imaginación pura. Forjando lo supra-espacial y temporal suprime el espíritu la lentitud, separación, muerte de las cosas y de sí mismo. Es entonces cuando se instala en la vía del ser, ruta de intimidad originaria donde el hombre deja de ser tirano, dueño, señor y esclavo de los entes (las cosas) y pasa a ser, bajo el lujo supremo de la humildad y el refinamiento espiritual, "el pastor del ser" "el hombre es el pastor del ser", nos dice en la "Carta sobre el humanismo", (Der Mensch ist der Hirt des Seins). Nos recuerda la sublime alegoría de la vida que nos ofrece Cervantes en el Quijote, cuando en sus últimos capítulos nos cuenta la enternecedora decisión de consagrar la última etapa de la vida de sus personajes a la soledad del campo, al pastoreo, lejos de los hombres, sus crueles intrigas, sus fatuos rumores, en amplia ruta hacia la dignidad suprema de la modestia y el callado diálogo consigo que nos presenta la muerte no como una humillante amenaza sino como una gloriosa opción a la verdad de la vida. Y el hombre, colmado ya de independencia espiritual, irradiando madurez y plenitud, "vecino del ser (Der Mensch ist der Nachbar des Seins), puede emitir las voces silentes del verbo. Nos dice Heidegger, con una frase que es por sí sola su gran herencia al futuro de la filosofía: "Es que el pensamiento brinda en su decir al lenguaje solamente la inexpresada palabra del ser (Das Denken bringt nämlich in seinem Sagen nur das ungesprochene Wort des Seins zur Sprache). Toda la obra de Heidegger integra una inmensa sinfonía de voces originarias de ese lenguaje universal que ahora, con motivo de su muerte corporal, nos suscita una cierta pausa sidérea que promueve en su homenaje el insensible tono de la forma primordial en el cortejo de la idea.